

—¿Quién sois?

—El baron de Brandes.

—Entrad.

Y cuando Santiago subia las escaleras, le gritó el portero:

—Sala número 1, en el fondo.

XXVII

Luz

Santiago de Brandes conocia la casa en donde entraba.

Pero era la primera vez que penetraba en ella a aquella hora de la noche.

Se sobrecogia al pasar por entre las dos filas de camas, con cerradas cortinas, de donde salian quejas, gemidos ó algun grito agudo arrancado por el dolor á los moribundos, jóvenes ó viejos.

El portero habia dicho:

—Sala número 1, en el fondo.

Muy pronto, al resplandor de una lámpara de gas casi apagada cuya débil luz estaba además atenuada por una pantalla verde, lujo desconocido en el hospital, que el interno se permitia en favor de su querida enferma, vió en una especie de gabinetito, al extremo de aquella larga sala, á Andrés tendido en un sillón al lado de una cama de hierro, cuyas colgaduras de tela blanca estaban medio cerradas.

Al aproximarse su tío, Andrés, que medio dormitaba, rendido por la fatiga de las noches

que había pasado en vela y de las angustiosas emociones que había sufrido, se levantó.

Desde que habían llevado á Juana con el pecho herido y el brazo desgarrado por el cuchillo del monstruo saboyano, no vivía.

Completamente entregado á sus angustias, no veía más que un punto en el universo: la cama en que sufría la pobre joven.

Durante algunos días había sufrido todas las torturas de los corazones desesperados.

Ahora estaba algo más tranquilo.

Momentos antes de la llegada del barón, el doctor Anger, su confidente, le había dicho estas palabras, palabras que el sabio doctor no pronunciaba jamás á la ligera:

—¡Respondo de ella!

Santiago de Brandes estrechó en silencio entre sus brazos á su sobrino.

En esos asilos de los heridos de muerte, de los que con frecuencia no vuelven á salir, se habla siempre en voz baja.

El barón, retrocediendo dos pasos, miró al interno un instante.

—¿Qué tienes?—le preguntó con inquietud.

—¡Yo?—dijo Andrés.

—¡Te encuentro muy cambiado.

Una duda pasó por la mente de Santiago.

Aquel amor contrariado debía vivir aún.

¿Era á esto, á la lucha que Andrés sostenía sin quejarse, á lo que debía atribuirse aquel abatimiento, aquella tristeza que se notaba en la cara del interno?

Este adivinó la suposición de su tío y se apresuró á disiparla tratando de desechar su tristeza.

—Es la fatiga—le dijo,—la falta de sueño; desde hace algunos días estamos estenuados. Los enfermos llegan en tropel... Faltan camas...

—¡Ah!

—Siéntate—repuso dando una silla al barón—aquí, muy cerca de mí; estaremos mejor para hablar... pero habla bajo.

—¿Por qué?

—Porque comprenderás que de noche... En medio de estas desgraciadas... Esta mañana han operado á once... y además hay... ahí... en esa cama... una joven gravemente herida. El corazón de Andrés se oprimió al pronunciar estas palabras.

—¿Y por Brandes—preguntó á su tío,—¿no hay nada de nuevo?...

—Sí... una buena noticia.

—¡Pobre padre!—dijo el interno estrechando la mano de su tío,—son tan raras para ti.

—Parto mañana.

—¿A dónde vas?

—A Barfleur. Un inglés quiere comprarnos la Hongette y tal vez esto sea nuestra salvación. ¡Hablan de un buen precio!...

—¿La venderás?—dijo maquinalmente Andrés.

El hubiera dado todas las riquezas del mundo por la seguridad de la salvación de Juana, de su Juana adorada, que le había dirigido una mirada tan tierna cuando por fin había recobrado la vida, al encontrarle á su lado con las manos entre las suyas y mirándola con ojos brillantes por las lágrimas.

—Si puedo—respondió Santiago de Brandes,—puesto que es preciso. No te ocultaré que me dá pena venderla. Es la posesión que nos ha suministrado medios para vivir. Y ella será la que nos salve tal vez...

—¿De modo que marcharás?...

—Por la mañana... Llegaré á Barfleur por la tarde. Veré aquella Tumba de las Langostas, en donde tanto he gozado en otros tiempos. Geneveva Bruccourt impera allí como ama.

—¿Está contenta?

—Sí. Se ha casado con un buen muchacho, un primo de Jeannin, el administrador de Roville, la posesión de la señorita de Roye.

Santiago pronunció este nombre con contenido furor.

Sentía en su corazón la injuria, demasiado

merecida, del viejo general de Treville y de su sobrina.

—El mozo que se ha casado con ella, continuó, hablando de Genoveva, ha hecho un buen negocio.

Un débil gemido que salió del lecho interrumpió la conversacion.

El interno se levantó con viveza y entreabrió las cortinas.

La pálida cabeza de la herida, reposaba sobre las almohadas, pero el baron no podia verla.

Andrés observó un momento á la enferma, se inclinó sobre ella, escuchó su respiracion, que ya era casi regular, y volvió á cerrar las cortinas.

—No es nada—dijo volviendo á sentarse al lado del baron—duerme.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Santiago en voz baja.

—Una joven á quien dieron dos cuchilladas hace ocho dias.

—¿Graves?

Andrés inclinó la cabeza.

—¿Que edad tiene?

—Diez y ocho años.

—¿Es hermosa?

—Puedes juzgarlo.

Andrés puso un dedo sobre sus labios.

—Mira—dijo á su tio.

La luz de la lámpara era muy débil.

El interno habia entreabierto las cortinas. Santiago de Brandes no distinguia bien las facciones de la herida las veia muy confusamente.

Juana dormia con agitado sueño, presa de las visiones que siguen á las grandes agitaciones.

Pronunciaba algunas palabras confusas.

—¿El mar!... Barca... ¡Ahogado!

—Delira,—dijo Andrés,—pero le ocurre pocas veces. Está bastante mejor, la fiebre disminuye.

Santiago de Brandes permanecía inmóvil como clavado en el suelo, conteniendo su respiracion.

Una extraña emocion se apoderaba de él. Se hubiera creido que trataba de fijar en su imaginacion un recuerdo que se le escapaba.

El interno quiso cerrar las cortinas.

El baron le contuvo.

—Espera un poco,—le dijo.

De pronto, un recuerdo acudió á su imaginacion como si una luz hubiera iluminado su memoria.

—La niña de Barfleur,—murmuró con voz ininteligible.—¿Es posible!

—Andrés se admiró á su vez.

—¿Qué tienes, padre?—preguntó.

—Nada.

—¿Sin embargo, parece que!...

—Un extraño parecido, con una persona que he conocido...

Santiago de Brandes hizo un potente esfuerzo sobre si mismo y repuso:

—¿Cómo se llama esa joven?

Su voz era tranquila, casi indiferente.

—Juana...—dijo el interno.

Ni un músculo del rostro de su tio se movió.

—Juana Aubin,—concluyó Andrés.

Un involuntario estremecimiento agitó al baron, pero tuvo la duracion de un relámpago.

Ya no dudaba.

¡La herida que yacia sobre aquel lecho, era aquella niña á quien él habia besado hacia trece años por primera vez en Barfleur, y cuya huella habia perdido!

¡Era su hija y la hija de Germana; aquella á quien buscaba desde hacia tanto tiempo, con rabia, con obstinacion, pero en vano; aquella por quien él habia registrado Paris y la Francia; Londres y Bruselas!

La reconocía.

La joven recordaba á la niña que iba con las piernas desnudas y los cabellos flotando al viento con sus miserables harapos, á vender lo que habia cogido Aubin el pescador.

—¿No tiene parientes?—preguntó.

—Sí, una hermana...

—¿Que se llama?...

—Colette Aubin.

—¿Sabes su historia?

—Han sido educadas en un castillo... despues, á la muerte de una señora anciana, el heredero las ha despedido, y han tenido que venir á París á buscar colocacion...

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos tres meses.

Santiago de Brandes dejó caer las cortinas. Se tranquilizó y afectó la mas profunda indiferencia.

—¿Y esperais salvarla?—dijo.

—Lo esperamos, sí. Si hubiera debido morir, habria muerto ya. ¡El profesor responde de su vida!

De pronto pareció que el baron se acordaba de algo.

—¿Puedes procurarme lo necesario para escribir?—preguntó.—Tengo que subsanar un olvido.

—Sí,—dijo Andrés levantándose y saliendo.

Entonces Santiago de Brandes se acercó al lecho, descorrió las cortinas, é inclinándose sobre la blanca frente de la herida, la dió un beso rápido y lleno de pasion.

Su impassible rostro no dejaba traslucir nada de la inmensa alegría de que estaba poseido.

Juana vivia, aquella Juana que era su hija y su pesadilla.

Y estaba, por decirlo así, entre sus manos.

Sólo él conocia el misterio de su nacimiento.

El lazo roto entre Andrés y Germana acababa de reanudarse.

—¿Cómo la trajeron aqui?—preguntó cuando el interno volvió con el papel y los sobres.

—Fué herida en las inmediaciones... Este hospital era el más cercano.

—¿Y el asesino?

—Huyó.

Andrés se espresaba con cierta laxitud y casi con aburrimiento.

El tio y el sobrino guardaban su secreto.

El interno colocó todo sobre la mesa, que con el lecho, el sillón y una silla formaban el mobiliario de aquella sala de paredes blancas, sobre las cuales se destacaba la madera negra de la cruz de un crucifijo.

—Ya lo tienes todo preparado, padre,—dijo Andrés.

Santiago se sentó al lado del lecho de su hija y mientras que su sobrino, vencido por la fatiga, dormia en el sillón, escribió lo siguiente:

«Germana:

»Hasta ahora os habeis resistido.

»Vuestra altivez os ha sostenido.

»Os debo una confesion.

»Esa hija que llorais, esa hija del crimen, la que os robé para ocultarla en un lugar, en donde la creia al abrigo de las vicisitudes de la vida, me la habia arrebatado una fatalidad.

»Hace mucho tiempo de esto.

»Desde entonces, más desgraciado que vos misma, consagré mi tiempo y el poco dinero de que podia disponer, á buscarla por todas partes!

»Acabo de encontrarla....

»Está en el lecho de un hospital.

»Y en él morirá tal vez.

»¿Permanecereis inflexible?

»¡Más bella que nunca, pura como los ángeles, ha sufrido ya terribles pruebas! Ignora por completo todo lo que se refiere á su nacimiento, y no conoce aún al hombre cuya perversidad le ha dado la vida, ni á la mujer cuya existencia envenena con su pérdida.

»Morirá víctima de vuestro inflexible orgullo?

»¡A vos os toca decidir en esto; á vos sólo; á vos, su madre!

»SANTIAGO DE BRANDES.»

Dobló la carta y puso el sobre.
«Señorita Germana de Roye, en el Castillo de los Essarts, por Rouvres, Orne.»

Y guardándola en el bolsillo se levantó. Andrés se despertó al ligero ruido que hizo su tío.

—¿Te vés?

—Es preciso.

—¿No te volveré á ver mañana?

—No, dentro de algunos días, lo antes posible.

—Procura arreglar el asunto, padre, — dijo

Andrés. —¿Deseo tanto verte tranquilo!

—Esperamos que se arreglará.

—Buena suerte.

En el momento en que iban á separarse, el baron se volvió y dijo:

—Es interesante esa joven.

—¿No es verdad?

—Y tú crees que efectivamente vivirá?

—Estoy seguro de ello.

—Bueno, adios, —dijo el baron.

Tío y sobrino se abrazaron.

La maciza puerta se cerró tras de Santiago.

Eran cerca de las diez y media.

En lugar de dirigirse hácia la calle Jacob, se fué á la estacion Montparnasse.

Poniendo allí la carta debía partir con el primer tren. Se ganaba medio dia, teniendo, como tenían los Essarts, un servicio especial en cada estafeta por cuenta del castillo.

El baron marchaba con la cabeza erguida mirando á las nubes.

Veía ya á Germana á sus piés, humillándose de nuevo y cediendo al fin á sus condiciones, por crueles que estas fuesen.

En el momento en que él llamaba á la puerta de la casa de su sobrino, el doctor Aubry hacia lo mismo en la del hospital Cochin.

—Querido—dijo á Andrés,—vengo á decirte adios.

—¿Te marchas ya á Tours?

—Sí, mañana.

—¿Y Colette?...

—Fuera de peligro.

—Gracias á tí.

—Gracias á Dios. Ha hecho un milagro por ella. Hay momentos en los cuales, por materialista que sea como médico, no puedo resolverme á negar que existe.

—¿Quédate aun?

—¡Por mi fe que nó!

—¿Temes enamorarte?

—Tal vez. Esa Colette es la gracia en persona. Es un encanto, una alegría, sencilla y comunicativa á despecho de todo. ¡Es una perla! Así es, que por miedo á caer en sus redes, marchó á toda velocidad, es decir, por el primer express; ¡á las ocho y diez! Aquí para entre nosotros, yo creo que esa criatura está en una terrible situación monetaria. He dejado doscientos francos á Gombault para ella.

Y mostrando el lecho de Juana, preguntó:

—¿Y la tuya?

—Sigue muy débil, pero continúa la mejoría.

—Saldrá adelante, amigo mio. ¡Tú la amabas y se lo decías! ¡Bandido! Ella te adoraba y se lo callaba. ¡Era más cuerda que tú! Colette es quien la ha vendido y sin embargo, no me desdigo; eso es una locura.

—Locura de amor, locura de felicidad,—murmuró Andrés.

Pedro Aubry se sonrió.

—¿Vas á pasar la noche en ese sillón?—preguntó.

—No la abandonaré hasta que no esté como la tuya... fuera de peligro.

—Eres el angel de la abnegacion.

—¿Y tú?

—Yo lo he sido, ya concluí de serlo. Adios, querido, y hasta muy pronto.

—¿Dices que hasta muy pronto?—preguntó el interno.

—A fe mia,—dijo Aubry con su ruda franqueza,—que eso es tanto como decirte todo. Esto es tal vez una debilidad... voy á intentar olvidar á mi enferma, pero no estoy seguro de conseguirlo... ¡Y me desespero! ¡He ahí como se vé

uno cogido, en el momento en que menos lo piensa!

Cuando Andrés estuvo solo al lado del lecho de la herida, la cogió una de las manos que tenía extendida sobre la colcha y tocándola con sus labios.

—¡Oh! ¡sí—repitió con pasión,—te salvaremos... ¡Te salvaré!

XXVII

En las montañas.

Servoz no había tardado en recobrar su sangre fría.

Cuando se serenó, comprendió todo el horror de su crimen, y al mismo tiempo el peligro que le amenazaba.

Acababa de herir cobardemente en un acceso de ciega cólera, á una joven sin defensa que tal vez estuviera ya muerta y que no había cometido otra falta que la de haberse resistido á sus innobles persecuciones.

Iba á ser traqueteado por la policía y la veía ya sin descanso en su persecución.

Se creía perdido.

Apenas había dado algunos pasos corriendo, cuando se detuvo, comprendiendo que él mismo iba á venderse.

En un abrir y cerrar de ojos abarcó todas las fases de su situación. Era desesperada.

¡Imposible negar su culpabilidad!

El crimen estaba patente. Había tenido por testigo un hombre, un rival, que iba á vengarse, con verdadera delicia, de las humillaciones que había sufrido durante los años que habían

vivido juntos en el almacén, en perpétua y sorda animosidad.

Servoz, bajando hacia el Sena con tranquilo paso, como si fuera dando un paseo, oía aun el tono burlón con que el antiguo polizonte le había saludado, diciéndole:

—¡Buenas noches, señor Servoz!

¡Aquel Venotte le vigilaba!

Asistía á aquella odiosa escena. ¡Lo había visto todo!

¡Diez años de odio cuidadosamente reconcentrado se habían revelado en aquellas pocas palabras!

Servoz siguió por el Sena hasta el puente Real, atormentado por la idea del suicidio; pero en el momento en que iba á lanzarse en aquellas turbias aguas que le atraían, se presentó á su imaginación aquel país de montañas en que había nacido, en donde había pasado la juventud, tan diferente de su vida actual, y, atravesando el jardín de las Tullerías, entró en su casa.

Su plan estaba trazado.

Sólo en su habitación, examinó el arma con que había herido á Juana. La hoja estaba cubierta de sangre, ya seca.

Una gran mancha encarnada se extendía sobre la manga y el puño de su camisa.

Se horrorizó y permaneció un momento suspenso.

Pero muy pronto se rehizo su enérgica naturaleza y salió de aquella postración.

Disponía de toda la noche para preparar su huida.

Reunió todo lo que podía llevar en una maleta de mano, esperó el día con impaciencia, y cuando amaneció se dirigió á la estación de París-Lyon, en donde tomó un billete para Anecy.

Tenia el aspecto de un *touriste* que parte para hacer una excursión por Suiza ó uno de esos países tan visitados en el verano. Nadie le inquietó.

Aunque Venotte dió su nombre á los agentes

que le ayudaron á trasportar á la víctima de Servoz al hospital Cochin, cuando fueron á interrogarle, el expreso que conducía al asesino estaba ya en las inmediaciones de Dijon.

En aquel momento estaba ya Venotte desligado de la promesa hecha á Servoz.

Además, aun cuando él no lo hubiera dicho, la voz pública, la de todos los empleados de la casa Plessis y compañía, le hubiera acusado por unanimidad.

Al huir se condenaba.

Desde por la mañana se había oído un grito constante de indignación contra él,

El suceso, como se supondrá, había producido en el Tisserand vivísima emoción.

Cuanto más se elogiaba á la infortunada joven, cuya rivalidad ya no temían, tanto más se desataban en maldiciones contra su asesino. Todas las enemistades, todos los rencores que el Saboyano se había acarreado por su brutalidad y su trato de negrero, sacaban la cabeza y tomaban el desquite.

En todos los rincones se hablaba del drama de la Avenida del Observatorio, y salían á relucir una multitud de anécdotas y de recuerdos que no honraban al jefe de las confecciones.

El patrón estaba consternado.

El señor Plessis, bondadoso en el fondo, se entristecía por el espantoso desenlace que él no había previsto.

Enfrente de aquella consternación, triunfaba la señorita Amada, pero con modestia, como cumple á una reina que no quiere abusar de su poder.

Al contrario, ella sostenía al señor Plessis, prodigándole consuelos y redoblando su ternura.

—¿Qué podeis hacer en eso vos?—le decía.—Nada. Esa señorita era demasiado bella para estar en un almacén. ¡Eso ya lo había yo pensado; pero ni vos, ni yo, ni nadie, podíamos adivinar este fin.

Y como argumento decisivo, añadía:

—En el fondo, este es un famoso reclamo para la casa. No se hablará más que de nosotros. Desde el momento en que el nombre del culpable era conocido, no era difícil apoderarse de su persona.

Los trenes expres marchan con rapidez; pero el telégrafo los adelanta.

Sin embargo, Servez pudo llegar á Annecy sin dificultad.

Cuando se bajó en la estación, eran cerca de las cuatro de la mañana.

El día, dudoso aún, le permitió distinguir á la luz del gas á cuatro gendarmes que estaban cerca de la salida completamente armados.

Un repentino terror se apoderó de él.

Abandonando su maleta, saltó del vagón al otro lado de la vía, se deslizó por entre los coches de los trenes de mercancías que estaban sobre los rails, paso inadvertido, gracias á la soledad de los empleados y desapareció.

Los gendarmes, admirados de la ausencia del personaje que les estaba señalado, perdieron el tiempo en interrogar á los escasos viajeros que bajaron de aquel tren nocturno y no sospecharon la evasión del criminal, hasta que registrando los vagones encontraron la maleta que Servez había dejado en su puesto.

Entonces comenzó una persecución que se ha hecho legendaria en los fastos de las brigadas de la Alta-Saboya.

Servez, con la increíble energía de un bandido, se lanzó á las montañas casi inhabitadas, é inaccesibles, que se extienden entre Annecy y Mont-Blanc, ese gigante de la Europa.

Durante diez días, perseguido por todas partes, no descansando ni de día ni de noche, subía las más agrestes cuestas, las gargantas más horribles, caminaba por senderos de cabras y desafiaba á la jauría que venía en su persecución y que ponía tanto empeño en cogerle como él en huir.

En la garganta de la Aiguillette, á pocas leguas de Chamounix, se encontró frente á fren-

te de un gendarme que intentó cerrarle el paso.

Servez con el traje hecho girones, descalzo, con los pies echando sangre, se arrojó sobre él cuchillo en mano, aquel mismo cuchillo con que había herido á Juana Barfleur, empapado aun en la sangre de la infeliz joven, le hirió gravemente y huyó dejándole en tierra medio muerto.

A la noche siguiente llegó á casa de su padre.

Era media noche.

La luna brillaba en el cielo, salpicado de estrellas y de todos lados se elevaban las cimas de los Alpes con luminosos reflejos.

La choza del viejo cantero estaba adosada á una roca escarpada, en donde terminaba un sendero que subía en espiral al pico del Aguila, distante de Chamounix unas dos leguas.

El cantero no se había acostado aún. Desde hacía algunos días corrían siniestros rumores, que habían llegado hasta él.

Los gendarmes de las brigadas de San Gervasio, de Sallanches, y de Chamounix, recorrían las inmediaciones.

Le pedían noticias de su hijo sin explicar la curiosidad, y él se fijaba en que registraban su pobre vivienda con los ojos.

El sargento de Sallanches fué más explícito que los otros.

Advirtió al padre que corrían malas noticias respecto á su hijo; que se hablaba de una joven asesinada...

El desgraciado padre comprendió.

Conocía á Miguel, la insensatez de sus arrebatos y su furor.

El anciano, rudo y honrado, no veía con buenos ojos las ambiciones del Parisiense, como él le llamaba.

Hubiera querido que Miguel, siguiendo el camino emprendido en el seminario de Annecy, se hubiera hecho sacerdote.

Sin embargo, esperaba á su hijo.

—¿Eres tú?—le dijo simplemente cuando Miguel se presentó en la puerta, tostado por el

aire, enflaquecido y con el traje hecho girones.

—¡Entra!

Desde el dintel de la puerta observó el exterior, y no oyendo ruido alguno, echó el cerrojo.

Servoz se había sentado en un banco de madera, con la mirada feroz, extraviada.

El padre se acercó a él y le dijo:

—Te esperaba. ¡Se habla de ti en el país!

—¡Ya?

—Se dice que has dado muerte a una joven.

—Es verdad.

—Tienes la mano muy ligera. Tu pobre madre te lo dijo mil veces. ¡Cuán feliz es con estar en el cementerio!

—No me reprendais—dijo Servoz.—Es demasiado tarde. Dadme de comer. ¡Tengo hambre!

—¡Desgraciado!

Entonces se enterneció el corazón del padre. Se acercó más a su hijo, y viéndole tan abatido, le estrechó contra su pecho sin pronunciar una palabra.

Después sacó de un cajón un pan y un trozo de tocino y los colocó sobre la mesa, sirviéndole en seguida una botella de vino.

Servoz se arrojó sobre aquellos groseros manjares y los devoró con el apetito de una fiera hambrienta.

Al cabo de algunos minutos repuso el padre: —¿De modo que has cometido un asesinato y comparecerás ante la justicia?

—No,—dijo Servoz.

—¿Qué harás?

—No lo sé.

—No había concluido de decir esto, cuando sonó un culatazo en la puerta.

—¡Ahí están—dijo Servoz dando un salto.—Me buscan. Pero no me cogerán vivo.

Y poniéndose bruscamente de rodillas delante del anciano:

—¡Abrazadme—le dijo—para darme valor, padre, y perdonadme!

El cantero puso las manos sobre la cabeza de su hijo, y dijo solamente:

—¡Vete y muere bien!

Los culatazos redoblaban.

Servoz abrió una ventana que daba hacia la parte de atrás, sobre la roca, casi cortada a pico, y desapareció.

—¡Abrid!—ordenó una voz.

El anciano obedeció.

—¿Está aquí vuestro hijo?—dijo el sargento de gendarmería de Chamounix.

—Puede ser.

—Está acusado de asesinato.

—Lo ignoro.

—Venimos a prenderle. ¿En dónde se oculta?

—No soy yo quien debe entregároslo.

El sargento había entrado en la casa.

Seis gendarmes estaban delante de la puerta.

Los cañones de las carabinas brillaban a la luz de la luna.

En el fondo, por la abertura de la ventana, se distinguía la lejana perspectiva de las gargantas del Pelerin y los horribles barrancos, abiertos por los torrentes, que se precipitan de la cima de las neveras del Geant y de la Argentièrre.

—¿No quereis decirnos dónde está?—repuso el sargento.

—Buscad.

El anciano se arrodilló y oró mientras que los gendarmes registraban los rincones de la choza, operación que no era difícil, porque la choza era pequeña.

De pronto, un gendarme que se había colocado sobre la chimenea, dió un grito.

—¡Alerta!—dijo,—el hombre se nos escapa.

Servoz, por un esfuerzo sobrehumano, había trepado por la escarpada roca a que la choza estaba adosada, y su negra silueta se veía destacarse de la cima, a la cual acababa de llegar, a unos doscientos pasos por encima del tejado.

Entonces dió principio una horrible caza.

Otros gendarmes de la brigada de San Gervasio, emboscados á la vuelta del sendero que rodeaba, por decirlo así, los costados de aquel desnudo pico, cortaban la retirada al fugitivo.

A las dos de la mañana, en aquella soberbia noche, clara como un día del Norte, Servoz, atrincherado en una meseta estrecha que tenía debajo un abismo de trescientos metros de profundidad, abismo en el fondo del cual rugía un torrente engrosado por el deshielo de las nieves, se vió cercado en este último asilo y en la imposibilidad de dar un paso más.

En el momento en que los gendarmes iban á apoderarse de él, hizo la señal de la cruz sobre su frente y se clavó en el pecho el cuchillo con que había herido á Juana Barfleur, cayendo de cabeza al abismo sin exhalar un grito.

QUINTA PARTE.

EL FARO DE ROVILLE

I

El último golpe.

Santiago de Brandes había calculado bien. No ignoraba que en los negocios, los detalles más insignificantes aseguran muchas veces el éxito.

Su carta salió por la mañana de la estación Montparnasse, una hora ántes de que él tomara el tren de Cherbourg.

A las dos la recibía el cochero de los Essarts, en el correo de Rouvres, con un paquete de correspondencia y periódicos, y emprendía la marcha hacia el castillo.

La contestación no era urgente.